

IDEOLOGICAL POLARIZATION AND INTERCULTURAL DIALOGUE AS A REFERENT OPPOSES IN THE PRESENT POLITICAL VENEZUELAN CONTEXT

Resumen

El presente artículo de investigación se propone analizar, mediante una metodología cualitativa, el proceso de polarización política venezolana que signa la apariencia cotidiana de la cultura política en los últimos años, develando las limitaciones que en su ejercicio se generan para desarrollar los objetivos democráticos del país y el panorama de complejidades que supone la no superación del modelo de confrontación en el proceso de consolidación de acuerdos desde la visión roussoniana. Así como se destacará en las conclusiones, en las cuales se presenta una propuesta explícita para la salida de la crisis política, el diálogo intercultural se propone como el proceso más idóneo para cimentar y dirimir los acuerdos entre sectores políticos contrapuestos. Un giro distinto a esto podrá agrietar de forma irreconciliable, en un futuro próximo, la posibilidad de consolidar la legitimidad de nuestras instituciones democráticas para dar paso al desequilibrio de las diversas formas de organización respetadas con eco por los ciudadanos venezolanos.

Palabras clave

Polarización ideológica, diálogo intercultural, democracia, cultura política.

Abstract

The research article intends to analyze, through a qualitative methodology, the process of Venezuelan political polarization that marks the daily appearance of political culture in recent years revealing the limitations of their exercise are generated to develop the democratic goals of the country and the landscape of complexities involves not overcome confrontational model in the process of consolidation of agreements from the roussoniana vision. As will be highlighted in the conclusions, in which an explicit proposal for the exit of the political crisis is presented, intercultural dialogue is proposed as the most suitable for cement and settle agreements between competing political sectors process. A different twist to this you can crack of irreconcilably in the near future, the possibility of consolidating the legitimacy of our democratic institutions to make way for the imbalance of the various forms of organization with eco respected by Venezuelan citizens.

Keywords

Ideological polarization, intercultural dialogue, democracy, culture policy.

Referencia: Cazzato, S. & Méndez, B. (2018). Polarización ideológica y diálogo intercultural como opuestos referentes en el contexto político actual venezolano. *Cultura Latinoamericana*. 27(1), pp. 50-73. DOI: 10.14718/CulturaLatinoam.2018.27.1.3

POLARIZACIÓN IDEOLÓGICA Y DIÁLOGO INTERCULTURAL COMO OPUESTOS REFERENTES EN EL CONTEXTO POLÍTICO ACTUAL VENEZOLANO

*Salvador Cazzato**

Universidad del Zulia

*Blanca Méndez***

Escuela de Sociología (LUZ)

DOI: 10.14718/CulturaLatinoam.2018.27.1.3

Introducción

El presente artículo se centra en el análisis de la polarización ideológica en Venezuela como fenómeno emergente y acentuado en los últimos quince años, abordando casos y situaciones concretas como soporte argumentativo de las tensiones de bandos políticos que parecen irreconciliables, así como de la facción de la población que hoy no se identifica con ninguno de los bandos político-partidistas; al contrario, cuestiona profundamente la actuación de los protagonistas en el ejercicio del poder político institucional formal.

No solo será esencial esclarecer el panorama político venezolano de los últimos años, mediado por la tensión pese a los aparentes y espurios intentos por oxigenar la democracia institucional. También es esencial, a continuación, dedicar una reflexión sobre el impacto

* Ph. D. en Ciencia Política. Profesor asociado adscrito a la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad del Zulia. Profesor invitado adscrito al Centro de Estudios Sociológicos y Antropológicos de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales (LUZ). Contacto: scazzatounica@hotmail.com

** Magíster en Ciencia Política y Derecho Público, con Mención en Ciencia Política. Profesora asistente de la cátedra Teoría Social de la Escuela de Sociología (LUZ). Adscrita al Centro de Estudios Sociológicos y Antropológicos en el área de Sociología Política y de la Gestión. Contacto: blanca_mendez@fces.luz.edu.ve

El artículo es resultado de un proyecto de investigación desarrollado entre la Universidad del Zulia y la Escuela de Sociología (LUZ).



de dicho fenómeno para el sistema democrático venezolano en aras de determinar los niveles de fortaleza que tiene ante el panorama de conflicto, que pareciese ser un callejón sin salida.

Al final del presente artículo, hay una propuesta explícita para salir de la crisis política. Esta propuesta cuenta con la apreciación positiva del tema de la interculturalidad en tanto que, a través de su práctica, se pueden visibilizar los actores opuestos como adversarios políticos más que como enemigos políticos. La interculturalidad se entenderá como un proceso que posibilita, en principio, comprender la necesidad de estar juntos pese a la diferenciación, así como también se centra en darle peso a la dimisión del conflicto político y social a través del diálogo, fundamentalmente, entre las mencionadas culturas políticas opuestas en la actual Venezuela.

El país polarizado en números

Las cultura política¹ en Venezuela hoy día está signada por la polarización ideológica apalancada a partir de la dualidad de las corrientes del «chavismo y de quienes se oponen a él» (Mainwaring & Pérez, 2006, p. 54). Esta dualidad se expresa a través de posturas desencontradas que parten de enfoques que escasamente se tocan o encuentran entre sí.

Se da por sentado que la persistencia de la polarización ideológica y su derivada confrontación, aproximadamente desde el año 2001 hasta la fecha, ha sido un rasgo perdurable en el marco del conflicto venezolano. Este fenómeno en sí es histórico, ya que se ha desarrollado con ímpetu en nuestras latitudes y a su vez ha perturbado o trastocado la cultura política del venezolano, modificándola desde hace cinco o seis lustros más.

Un paseo por la estadística vigente en materia de identificación político-partidista muestra en la opinión pública venezolana un marcado interés por fijar posturas polares muy distanciadas ideológicamente

1. Se entenderá cultura política a partir del manejo conceptual original de Almond y Powell (1978) con el cual describen: «La cultura política es el patrón de actitudes individuales y de orientación con respecto a la política para los miembros de un sistema político. Es el aspecto subjetivo que subyace en la acción política y le otorga significado» (Almond & Powell, 1978, p. 50), tomando como referencia las orientaciones de tipo «cognitivo» y «afectivo» del sistema político por parte de los venezolanos en los últimos años desde la entrada al poder político ejecutivo del presidente Maduro Moros. Se denomina orientación de tipo «cognitiva» a aquella que involucra los conocimientos y creencias acerca del sistema político, de sus papeles y de los incumbentes de dichos papeles en sus aspectos políticos (*inputs*) y administrativos (*outputs*), mientras que la orientación «afectiva» se referirá a los sentimientos de los ciudadanos acerca del sistema político, sus funciones, personal y logros (Almond & Verba, 1992, p. 180).



entre sí, entre progobierno-chavistas (29,5 %) y opositores antichavistas (35,4 %). No obstante, desde el inicio del período presidencial de Nicolás Maduro, a estas se les añade una tercera postura mucho más acentuada que rechaza de manera categórica la adscripción de uno u otro bando (30,2 %): la de los «Ni Ni» (Datanálisis, 2016).

A lo anterior puede agregarse, en datos de la misma encuestadora citada, que los venezolanos muestran una tendencia polarizante al identificarse con el Partido Socialista Unido de Venezuela (proficialista) con un 25,1 % de la población, con la oposición un 20,4 %, mientras que un 47,9 % de los venezolanos conforma el grupo que rechaza ambas tendencias.

La opinión sobre la gestión de líderes políticos en la esfera nacional también puede constituir un indicador de tendencias polarizadas para los venezolanos quienes, al referirse a personajes como Nicolás Maduro al frente de la Presidencia de la República, valoran positivamente su gestión en un 33,1 %, mientras que un 63,4 % de la población la valora negativamente. Frente a líderes opositores con resonancia en discursos de firme confrontación contra la dirigencia gubernamental del ejecutivo, se obtienen tendencias también polares de valoración de la gestión (Datanálisis, 2016).

Por parte de Henry Ramos, presidente del poder legislativo, los venezolanos consideran de manera positiva su gestión en un 50,0 %, mientras que un 41,2 % opina que ha sido negativa. Una tendencia similar se muestra en la valoración de la gestión por el líder opositor Henrique Capriles. Un 47,0 % considera su gestión de manera positiva, mientras que un 45,7 % de los venezolanos la valora de manera negativa (Datanálisis, 2016).

De esta manera, la confrontación ideológica distancia las identidades políticas comunes o coincidentes con el país. Esta separación que denota la formulación polarizante de una u otra tendencia da cuenta de una inclinación o sesgo entre oficialistas que le apuestan al gobierno bolivariano-chavista del presidente Maduro y los opositores que se rehúsan a apoyarlo en alguna forma. Ello se traduce en el establecimiento de una cultura política lejos de ser unívoca, entre otras razones, porque le niega posibilidades de concreción a la vieja tesis del contrato social francés.

La cultura política del país está escindida con contundencia en la *conductio* pública: a *grosso modo* la polarización y afrontamiento vividos por el venezolano lo debaten entre dos corrientes de aguas que han demarcado e influido en los eventos políticos de confrontación y disenso radical que no deja de causarles sorpresa a los estudiosos de la



ciencia política y lo colman, sin duda, de un sistema político lleno de pautas y aristas que lo hacen complejo por su impredecibilidad.

En este punto, es significativo que cada contexto sociopolítico sea único y genuino, pues de él surge la confrontación ideológica polarizada entre oficiales y opositores, lo que representa parte de esas propiedades del sistema político venezolano. Este, en repetidas ocasiones, se torna *sui géneris*, porque deviene en una cultura política complejamente atípica y por momentos políticos puede asemejarse al sistema presidencialista mexicano (Flemate, 2014).

Pese a que este artículo no consiste en medir variables de la ciencia política comparada, es digno referir las reiteradas similitudes racionales que se presentan en algunos sistemas políticos de América Latina coincidentes; siempre guardando la distancia del análisis contextual que poseen sus sentidos propios: *sui géneris*.

El desencuentro y la confrontación han sido, pues, los rasgos de la cultura política del venezolano en los últimos años (Cazzato, 2013), caracterizando la emergencia de una problemática que requiere una afinada atención por parte de las ciencias sociales, con el fin de promover la restauración de puentes para la concertación de acuerdos para la estabilidad democrática del Estado venezolano.

Los efectos perversos de la confrontación: El «otro» ausente

El fenómeno de la polarización política, ha tenido presencia ante los escasos atisbos positivos de un diálogo intercultural² adecuado (Fornet-Betancourt citado por Gutiérrez & Márquez, 2004), sobre todo dentro de la dinámica sociopolítica del presente histórico, a menudo con mayores letanías que cercanías que la caracterizan; plagada más de disensos que de consensos. Sin duda, es notorio que Venezuela ha sido escenario de confrontaciones basadas en posiciones asumidas con radicalidad, ya que tanto el oficialismo como los opositores venezolanos se han dado a la tarea de personificar, en gran parte, la sustancialidad de este disenso acotado y dilatado hasta el presente, el cual está fundado en posturas radicales que tales actores principales³ han encarnado.

2. La categoría de diálogo intercultural ha sido enfocada desde generalidades analíticas e interpretativas referentes a la filosofía latinoamericana tal como se le conoce. Pero acá se consideran las culturas políticas polarizadas del venezolano originadas «desde quienes estaban a favor o en contra del líder militar», como se acotará.

3. Es preciso mencionar que, desde el ascenso de Hugo Chávez al poder político en febrero de 1999, actores principales han jugado un papel de confrontación activo y discursivo; desde un



Se advierte, de entrada, que el sustrato de esta cultura política de confrontación pone de manifiesto un sumario de interpretaciones distintas dentro de un contexto, para dignificar la existencia real/eventual de la praxis de un disenso intersubjetivo carente en sus aristas de una racionalidad comunicativa (Fornet-Betancourt citado por Gutiérrez & Márquez, 2004). Si bien esta carencia no solo denota la ausencia lógica de un consenso con propiedades que proporcionen una praxis dialógica adecuada, la cual permita *per se* un diálogo concreto, donde los contextos de conflictos en extremos antagónicos puedan confrontarse siempre sobre la base de la revisión de las voluntades racionales comunicativas que encaminen hacia el hecho de reconocerse los unos a los otros y frene o filtre las pasiones de la política (Cansino, 2008).

Se revisan las voluntades racionales comunicativas destacadas con el propósito de conquistar un consenso sustantivo entre quienes se niegan a reconocerse en la arena de las adversidades políticas que han colmado el escenario de una conflictividad radical carente de canales propiciadores de este tipo de diálogo que desestima la racionalidad comunicativa.

En este orden de ideas, el contenido discursivo de sus mundos políticos de conflicto debe resguardar, dentro de sus ámbitos, la intención (de poder) de conjugar una diversidad de intereses basada en puntos de desencuentro como se constata en muchas acciones y actos comunicativos de sus actores centrales involucrados en la remarcada conflictividad nacional.

Venezuela ha sido uno de estos casos para citar donde en los últimos años han coexistido actores en un mismo espacio sin que ello signifique el reconocimiento mutuo como adversarios necesarios para generar un proceso de convivencia (Touraine, 1994), con el fin de poder compartir, pese a las diferencias, una misma identidad más que limitarse a una confrontación en vano.

La mimetización del conflicto tras la máscara del «diálogo»

Cuando se ha capturado la imagen más cercana de los actores políticos relevantes para concertar el diálogo ante modelos político-ideo-

inicio Chávez se diferenció tanto de otros en el pasado porque asumió un liderazgo particular, interpretando las necesidades de sectores bajos desasistidos tiempo atrás por el bipartidismo y reinterpretando la historia como un pasado-presente a través del rescate heroico de Bolívar y otras figuras de la independencia venezolana, la ilustración máxima estará en el cambio de denominación de la República de Venezuela por el que se le conoce ahora.



lógicos antagónicos, los resultados han sido perversos y han emitido más bien posturas simbólicas de poder autoritario y descalificante por parte, fundamentalmente, del ejecutivo nacional frente a posturas que evidencian críticas o diagnósticos sobre políticas que consideran inadecuadas para desarrollar la estabilidad social, económica y política del país.

Tal es el caso de la mesa de «diálogo» en torno a temas como la seguridad y la economía de las regiones, convocada por el presidente Nicolás Maduro e instalada días después de celebrarse los comicios de urna para la elección de alcaldes en todo el país el 8 de diciembre de 2013, en la que resultaron tintes polares⁴ que volvían a evidenciar un país dividido en facciones partidistas progobierno u opositores.

Dicho encuentro, al que también fueron convocados gobernadores de Estados considerados «opositores», se estimaba como una oportunidad para un proceso de distensión que era necesario generar luego de acontecimientos de profunda confrontación política como lo habría sido la elección presidencial del 2013 (meses antes de las elecciones municipales), luego del fallecimiento del expresidente Chávez. Dicho escenario acentuó un discurso capitalizado por la oposición para vislumbrar un cambio que produjera convincentes cambios ante la deteriorada economía del país y decisiones políticas consideradas «fraudulentas» emitidas en medio del tratamiento contra el cáncer que padecía el presidente Chávez.

Los resultados se montaron sobre la victoria de Maduro (a quien el expresidente habría tildado en público como el candidato de su preferencia) con una muy reducida diferencia entre el contendor opositor Capriles Radonsky, quien días posteriores a la emisión del boletín electoral, con el descontento de millones de personas en todo el país, emprendió una campaña para avalar un proceso de impugnación de las denominadas elecciones por considerarlas fraudulentas, viciadas,

4. La facción progobierno constituida en el «Gran Polo Patriótico» obtuvo un 48,69 % de los votos, lo que se tradujo en 256 alcaldías de Venezuela, mientras que la coalición opositora con el 39,34 % de los votos obtuvo 81 alcaldías, entre las que figuraban las representativas de importantes centros urbanos, como: Maracaibo, Valencia, Chacao, Baruta y el área metropolitana de Caracas. Además de este caso puntual, en previas elecciones ya se mostraba la división polarizada en el electorado venezolano. En el caso de las elecciones presidenciales más recientes (14 de abril de 2013), se mostró el contendor oficialista (prochavista) con el 50,6 % de los votos frente a un 49,12 % de la tolda opositora (CNE, 2013). Previamente también puede agregarse que los resultados de las elecciones regionales más recientes (16 de diciembre de 2012), pese a que la mayoría de las gobernaciones fueron adjudicadas a candidatos del PSUV (CNE, 2012), el partido del Gobierno, examinando la tendencia político-partidista de los electores por cada Estado, ya se mostraría una imagen de la división polarizada del país que se acrecentaría en futuras elecciones, tomando en cuenta que el promedio en porcentaje de votos obtenidos por el grupo de electores a favor las toldas oficialistas estuvo alrededor del 60,44 % frente al restante de 40 %, que constituyó el grupo de electores a favor de las candidaturas de tendencia opositora al Gobierno.



además de un gasto excesivo en publicidad que promovía la figura de «retorno» del presidente Chávez al poder desde el rostro de «Maduro». Finalmente según el Consejo Nacional Electoral, dicho proceso de impugnación no tuvo efecto por considerar que se ajustaba al derecho después de un proceso de verificación de actas de los boletines electorales.

Por consiguiente, luego de este proceso de profunda tensión política, la opinión pública acogió bien la convocatoria al diálogo motivada, sobre todo, por la facción más dura del gobierno ejecutivo. En este encuentro establecido en el palacio de Miraflores televisado en la cadena nacional, algunos alcaldes con tendencias partidistas opositoras expresaron opiniones frontales que narraban realidades críticas en lo económico y social de sus municipios; además consideraban equívocas las directrices políticas en materia de seguridad emitidas por el Gobierno nacional. Un ejemplo es el caso de los alcaldes Daniel Ceballos (San Cristóbal, Táchira), Enzo Scarano (San Diego, Valencia) y Antonio Ledezma (electo por la Alcaldía Metropolitana de Caracas), quienes meses después del aparente diálogo en Miraflores fueron llamados a comparecer al ser categorizados como «presos políticos» y posteriormente se les imputaron cargos criminales alrededor de las protestas sociales, cuyas pruebas fácticas aún no han sido determinadas.

Un segundo ejemplo que vislumbra la acentuación de la confrontación político-partidista y una mirada distante de la real concreción del diálogo entre sectores ideológicos contrapuestos es el desempeño del actual Tribunal Supremo de Justicia (TSJ), cuyos magistrados fueron seleccionados por miembros progobierno de la antigua Asamblea Nacional, en medio de las nombradas vacaciones decembrinas de fin de año y días antes de instalarse la representación de la Asamblea Nacional, cuya victoria fue alcanzada por partidarios opositores que lograron la mayoría calificada⁵ en diciembre de 2015.

Si bien ha sido instalada la nueva representación parlamentaria, cuya base legítima se centra en una elección opositora, no ha podido conquistar importantes victorias legislativas por la invalidación que ha interpuesto el recién nombrado Tribunal Supremo de Justicia a través

5. La coalición opositora, la Mesa de la Unidad Democrática, obtuvo más de un 65,27 % (109 curules) frente a un 32,93 % (55 curules) de los candidatos electos progobierno por parte del Partido Socialista Unido de Venezuela. Para el caso de la oposición, es importante destacar que de entrada obtuvieron 112 puestos, pero días después fueron removidos vía sentencia del TSJ por considerar ciertas denuncias sobre un proceso viciado para la elección de diputados del estado Amazonas, hecho que hasta el día de hoy no ha podido demostrarse fehacientemente.



de su Sala Constitucional⁶, por calificarlas de «inconsistentes» e «inconstitucionales». Como resultado, ha generado un aparente respaldo parcializado a las directrices del ejecutivo nacional, aspecto que ha sido denunciado por la Federación Nacional del Colegio de Abogados en Venezuela (2016a, 2016b).

Aunque el poder legislativo (hasta la fecha en que fue escrito este artículo)⁷ se ha enfrentado a los votos mayoritarios de los electores venezolanos con más de 12 sentencias que apuntan al no reconocimiento de las acciones legítimas de sus propios parlamentarios, entre las que se destacan: la impugnación por parte del TSJ (260/2015 del 30-12-2015) de 4 diputados opositores del estado Amazonas y la declarativa constitucional del TSJ (4/2016 de 20-1-169) del decreto de emergencia económica del presidente Maduro, luego de haber sido rechazada por la mayoría de los miembros de la Asamblea Nacional. Así mismo, la eliminación por parte del órgano mencionado (9/2016 del 1-3-2016) de las facultades de control político (establecidas constitucionalmente) por parte de la Asamblea Nacional, luego de la negativa de ministros y altos representantes del gabinete de Nicolás Maduro de comparecer para rendir cuentas en sectores muy sensibles como el de alimentación, energético y económico-financiero⁸.

O bien, en la misma tónica de frenar propuestas bandera de la representación opositora, el mismo TSJ presentó sentencias que afirmaban el carácter inconstitucional de la propuesta de la Asamblea Nacional en torno a la Ley de Amnistía y Reconciliación Nacional (26 4/2016 del 11-4-2016), así como la reforma de la Ley del Banco Central de Venezuela (25 9/2016 del 31-3-2016). Situación que generó nuevos ambientes de tensión entre sectores contrapuestos alimentados, de hecho, con cada comparecencia de los líderes del Gobierno ante los medios de comunicación, empleando categorías descalificadoras, unas más insultantes que otras, que revelan negativas de reconocer conquistas y poder en sectores tradicionalmente desplazados por las victorias «chavistas».

6. Según la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, la Sala Constitucional del Tribunal Supremo de Justicia puede invalidar los actos legislativos si estos máximos intérpretes los consideran violatorios de las garantías constitucionales, de esta manera innumerables veces han bloqueado la intención de promulgar leyes por parte de la mayoría de miembros de la Asamblea Constitucional.

7. Agosto de 2016.

8. A finales del mes de enero de 2016 estaban convocados el ministro de Alimentación, Rodolfo Marco Torres; el ministro de Comercio Exterior, Jesús Farías; el presidente del Banco Central de Venezuela, Nelson Merentes, y el presidente de Petróleos de Venezuela, S.A., Eulogio del Pino.



Sin embargo, no es pertinente limitarse a dos extremos únicamente ideológicos (pro o antigobierno), también debe reflexionarse acerca de quienes no se inclinan o votan por alguna de ambas opciones o se adscriben al ámbito de la *antipolítica*, como lo manifiesta Rivas Leone (2003)⁹. Allí esta tesis perfila y valida un «punto sin retorno» sobre «culturas políticas en un constante desencuentro y específicamente confrontadas». Esta afirmación connota *un punto de quiebre democrático* (Linz, 1996) y de por sí caracteriza al país en términos sociopolíticos. Este tipo de desencuentro en Venezuela no era usual, pues la confrontación y los niveles de conflictividad se han adueñado de las dinámicas desglosadas en la cotidianidad venezolana antes y después del *evento inusitado de las guarimbas*¹⁰ ocurrido entre los meses de febrero y junio del 2014.

Así, estas se constituyen en una vía «coyuntural, casual y momentánea» de protesta activa producida en casi todas las ciudades capitales del mapa nacional (destacándose zonas como la de Caracas, Valencia, Barquisimeto, Maracaibo, Porlamar, Cumaná, Maturín y otras involucradas). Las protestas se dieron con mayor fuerza en las poblaciones urbanas como se vio, lo que connota la activación de mecanismos de desobediencia civil como lo contempla el artículo 350 de la Constitución Nacional de 1999, dado que los eventos tomaron un rumbo inesperado y difícil de registrar, ponderar o sopesar en sus consecuencias por su misma complejidad.

Lo cierto es que la activación de esta tipología de protestas determinadas por las urbes del país denotó perspicacia desde su origen y naturaleza política: el ingenio improvisado de las *guarimbas* debería ser de profuso interés para los cientistas sociales que en verdad deseen comprender los procesos y/o presupuestos ideológicos originados dentro y fuera de la nación venezolana¹¹.

Todo lo acontecido en esos tortuosos meses demuestra que las *guarimbas* registran cambios profundos en las voluntades ideológicas y en

9. Este último planteamiento será tan solo mencionado por cuanto conforma otra arista que se desprende de la complejidad política que nos atañe en Venezuela.

10. Este evento de manifestaciones políticas se desarrolló a través marchas, obstrucción de vías públicas, tomas discrecionales y/o asaltos violentos de instituciones del gobierno ejecutivo, entre otros muchos actos que afectaron la estabilidad política e inflamaron las pasiones político-ideológicas de bando y bando, tiñendo con hechos de sangre el número de 43 muertes o asesinatos e innumerables heridos aún por contabilizar, como producto de la confrontación flagrante y cruda que protagonizaron actores y movimientos colectivos afrontados. Se requieren estudios minuciosos en su análisis para este.

11. Su impacto como fenómeno social y político incidió en un plurisentido, del cual se resalta el decreto firmado por el presidente de los Estados Unidos de Norteamérica en el que refrenda a Venezuela como «una amenaza inusual» al sistema de gobierno que este preside; lo que motivó a la ONU, OEA y UNASUR a tomar partido sobre tal decisión a favor o en contra del mismo.



el rumbo político de la sociedad. En todo caso, estos eventos ameritan ser puestos en una perspectiva diferente en su análisis e interpretación científica que posea mayor propiedad al abordarlos, puesto que su complejidad da cuenta de posturas ambiguas tendientes o sesgadas hacia un extremo u otro a raíz del contexto envolvente de la realidad.

La cultura del desencuentro como agente de alta toxicidad para los regímenes democráticos

Es menester que en los sistemas democráticos deba existir o prevalecer la intención real de llegar a consensos y/o factibles acuerdos a fin de coexistir o desarrollarse como sistema político, pero el caso venezolano es en vano, ya que los conflictos en Venezuela no obedecen a causas o rasgos comunes, sus ámbitos y factores son de tal complejidad que pretender tratarlos en un artículo sería quimérico aparte de la irresponsabilidad científica, lo cual implica obviar o sopear erróneamente tantos elementos o circunstancias que en su lugar de importancia deban ocupar el análisis¹².

En menos palabras, si bien el antagonismo está presente como fenómeno, también lo está la acentuada polarización ideológica precedente. Se estima que ambos conceden esas propiedades indisolubles y dan cuenta de una auténtica complejidad política demarcada en Venezuela según autores como Ramos Jiménez (2009) y Rivas Leone (2003).

Ambos autores, sobre todo el primero, destacan que la persistencia de la polarización ideológica y su derivada confrontación (en otra fase anterior) a partir del año 2000 han presentado aristas cambiantes en la historia reciente de la nación. Dicho fenómeno en esta latitud ha perturbado, agitado o desequilibrado la cultura política del venezolano conocida hasta 1999, escindiéndola de manera metafórica en extremos opuestos marcadamente distintos entre sí. Pese a que persiste una polarización ideológica con fuertes matices antagónicos, esta es de una genuinidad diferente en los contextos sociopolíticos de años coyunturales como el 2001, 2002, 2003, 2006 y 2012¹³ hasta el deceso

12. Véase la tesis doctoral *Factores de Estabilidad e inestabilidad en Venezuela (2001-2006)* de Cazzato (2013), donde se plantea un análisis multifactorial que refleja esa complejidad de factores políticos que intervienen en la estabilidad o inestabilidad de un sistema político.

13. Ya fue aclarado por qué los tres primeros años son coyunturales, cabe apuntar que los años 2006-2012 poseen una distinción interpretativa de carácter electoral, ya que una forma de medir los cambios coyunturales se supedita a la eventualidad de los procesos ganados ampliamente por el excomandante Chávez en ambos años, con lo que perpetuó su estadia en el poder político.



del líder de la revolución bolivariana en marzo del 2013 (todos años coyunturales).

Hoy día muchos venezolanos se debaten entre dos corrientes que han demarcado los complejos eventos de este contexto, el cual no deja de causarles sorpresa a los estudiosos de las ciencias políticas y lo tornan, sin duda, en un sistema político colmado de pautas, condiciones y aristas que lo hacen impredecible o al menos poco predecible. De este modo, autores como O'Donnell (2007) validan esta tesis de la complejidad política privilegiada para nuestro espacio-nación, pero sin llegar a detenerse en las particularidades de los procesos sociales; vale acotar la digresión, ya que Jesús Martín-Barbero (citado por Lanz, 1998), en sus diferentes textos sobre la globalización en Latinoamérica, se ha aproximado con su reflexión gramático-filosófica a los fenómenos alusivos a la globalidad (que caracterizan a cada localidad-nación-mundo-país).

De modo que, si se parte de la mencionada compleja polarización *in extremis*, es inadmisibles dejar de considerar esta coyuntura situacional como un «abismo o vacío ideológico» desde donde se puede formular una cultura política unívocamente establecida, como si la problemática se basase en una única *identidad nacional*¹⁴, cuando se sabe con certeza antropológica que en Venezuela esta identidad, en el caso que atañe este estudio, no surte efecto de ese modo. Puesto que una identidad nacional política unívoca carece de sustento si las culturas políticas se sitúan en el espacio-desencuentro o en un espacio-disenso circunscrito a una cultura de polaridad ideológica, que termina dinamizando los fenómenos sociopolíticos ocurridos o por ocurrir.

Aunado a lo anterior, Ocampo (1994) planteaba:

Es imposible que nazca un régimen democrático donde impera lo Uno, ya se trate de la unidad de la religión de Estado, de la unidad de un poder absoluto o de una cultura definida por su oposición a otras. Una sociedad que se define ante todo por su identidad y más aún por su unicidad no puede ser democrática. Está demasiado comprometida con una lógica que solo aprovecha el Estado, el cual reduce, entonces, la sociedad a la nación y la multiplicidad de los actores sociales a la unidad del pueblo (p. 336).

Al examinar esta cita se muestra una premisa indicativa de cómo la democracia como sistema político actual no representa unicidad o un sentido unívoco restringido a una matriz discursiva y abstracta,

14. Véase el planteamiento cuestionador de Mato (1994) y Montero (1994) en cuanto a la preexistencia de una unicidad sobre una cultura y una identidad o viceversa.



a veces, de pueblo. Lo Uno plasma las voluntades políticas reunidas en una sola racionalidad intencional de una parcialidad, que a menudo detenta bien sea el poder político o económico o ambos, esta sumatoria de voluntades está centrada en una matriz considerada inequívoca o unívoca, bien sea el caso que se plantee; porque tiene como piedra angular la mismidad (distinción y postura que contiene o agrupa actos, frases, gestos, actos de habla, textualidades, etc.).

Desde la antropología política, esta postura resulta racional si su lectura proviene de la unicidad o una lógica monista donde se reconoce un «nosotros» en deterioro o hasta el desconocimiento completo de un «ellos». En este sentido analítico, existe como voluntad ontológica política un «nosotros» por encima de un «ellos» (quienes se nos muestran inconsultos, marginados, en un desdén permanente de parte del otro opresivo). Conservar o reunir voluntades políticas en torno a ese «nosotros» expresado desde las mieles del poder resulta una tarea menos difícil debido al razonamiento obvio de los privilegios o consistencias que resguarda el poder político u otro. Pero es la unicidad como lectura de un nosotros, referida en términos epistemológicos, lo que interesa resaltar en vista de su condición escasamente democrática y según Touraine (1994) «nada democrática».

Al analizar este carácter acotado por Touraine (1994), alude a la democracia como un sistema que tiene grados más o grados menos y que, de algún modo, está asociado a la *gobernanza o la gobernabilidad* (Ramos, 2011) que se derive de este o su desempeño eficaz como forma de gobierno en un período o coyuntura determinada.

En dado caso, lo perverso del tema de la confrontación es, desde el punto de vista social y politológico, un fenómeno que puede herir, en gran medida, el tejido contractual de la sociedad y llevarla a puntos extremos donde se ausentarían las garantías democráticas y, por lo tanto, el desvanecimiento de los mecanismos institucionales democráticos por ser actores del Gobierno los que profundizan deliberadamente en la confrontación.

Por consiguiente, este mundo político de desencuentro en Venezuela ha cobrado fuerza como una cultura política bien específica dentro este contexto. Y es una atribución o un rasgo que no dignifica la posibilidad de convivencia representada de manera racional en el reflejo de ese diálogo intercultural necesario para las dinámicas sociales que perviven en toda sociedad.

Una de las autoridades doctas en el área de conflictos como lo es el director de Crisis Group, Javier Ciurlizza, en una entrevista con el diario *El Nacional* (Bello & Maier, 2014), señaló que el tránsito por una violencia



política en Venezuela ha sido rápido y podría terminar las tensiones presentadas en conflictos armados esporádicos, pero que no dejan de inquietar y/o poner en duda el papel de las comunidades nacionales e internacionales en las áreas de los DD. HH., como infiere. Él asienta que:

Venezuela ha sufrido una aguda polarización política que se agrava a partir de febrero por la escalada de violencia a consecuencia de las protestas sociales, por la respuesta desproporcionada de la fuerza pública y por algunos actos de violencia de grupos de manifestantes. En ese sentido, el país ha pasado de enfrentamiento a la violencia política rápidamente. De no haber una moderación de todos los involucrados y de no existir salidas institucionales, estas tensiones pueden escalar hacia un conflicto armado interno (Bello & Maier, 2014).

Por lo anterior, Bello y Maier (2014) le preguntaron Ciurlizza ¿cuáles son los principales rasgos que definen esa coyuntura? A lo que él respondió:

Lo que distingue a Venezuela y la hace un caso único es que la institucionalidad democrática está quebrada. Se observa también que las marchas y protestas y parte de la represión han dejado de ser controladas por la oposición e incluso por el Gobierno, lo que anuncia es un lento caos social. Preocupa la profunda división social, que impedirá consensuar soluciones urgentes para una situación económica que no da para más.

Cuando existen quiebres en la institucionalidad democrática, se puede constatar la tesis de Linz (1996) gracias al contexto sui géneris de Venezuela, que se distingue por el declive de instituciones clave en el cual se erosionan los mecanismos y cimientos democráticos, como consecuencia de su existencia, propiciando, a su vez, el disenso radical y la «desobediencia civil» (reflejados en las marchas y cantidad de protestas pasivas o activas, agresiones a ONG y medios de comunicación, lo que termina por acentuar las divisiones sociales que devienen de las radicales posiciones mencionadas).

La comprensión de la confrontación en el marco de la realidad política latinoamericana

Tampoco es fortuito que estos vocablos como actos estén en boga en los discursos y acciones sociopolíticas del venezolano, su



coetaneidad está registrada y plasmada históricamente a través de disonancias clave en el criterio de O'Donnell (2007). Este pensador coloca su acento en cómo los disensos (las disonancias) son representaciones clave; distinciones que por varias razones inciden en las dinámicas acotadas, pero unas más que otras de acuerdo con su incidencia constante en la sociopolítica nacional.

Se considera que lo anterior no ha perdido vigencia alguna por cuanto muchas sociedades latinoamericanas fundan sus sistemas políticos democráticos complejos en determinados tipos de disensos que, a su vez, pueden ser o contener consensos implícitos de acuerdo con el caso o coyuntura política estudiada. Estos disensos-consensos son, en este momento, una constante política de peso, eso sí, siempre con el fin de desarrollar la agudeza analítica de las decisiones, pautas y de actos políticos contextualizados en un entorno social determinado. Si se plantea desde el aporte de O'Donnell (2007), va en concomitancia según sea el caso de una sociedad occidental y el modelo político asumido por un Gobierno latinoamericano.

En la actualidad en ciertas sociedades latinoamericanas, el consenso no es precisamente el norte político que las caracteriza como dinámica, pues no siempre dentro de un modelo de encuentro se dinamiza la toma de decisiones de un gobierno de turno, bien sea de izquierda o de derecha. En el caso del presente estudio, el desencuentro político motoriza la *dinámica venezolana* según Rivas Leone (2003), pues, sin lugar a dudas, ha sido una impronta histórica y coetánea de enorme presencia en lo que ha transcurrido del siglo XXI.

En este sentido, el desencuentro refleja una sociedad con marcados matices antagónicos, una realidad que contiene niveles de confrontación permanente, y la persistencia de dicha conflictividad basada en la polarización demuestra, a ciencia cierta, que el antagonismo ha llegado para quedarse por un tiempo indefinido, si se quiere desde la ascensión al poder político del líder fallecido Hugo Chávez en 1999, quien había marcado las pautas políticas de Venezuela hasta hace poco.

Ahora bien, estas dinámicas antagónicas que se han producido en Venezuela también se han constituido, en la actualidad, en factores de aceleración y desaceleración dentro del marco de conflictividad activa o pasiva, la cual ha sido una constante de referencia en el contexto nacional. El sistema político venezolano no escapa a la incidencia de este tipo de factores.

Para la muestra un botón: pese a los intentos de golpes de Estado acontecidos recientemente en Ecuador, Perú y otros países surameri-



canos, Venezuela con seguridad ha protagonizado un papel atípico, ha sido un espacio donde las posiciones oscilan y la polarización ideológica está a la orden del día. Es decir, el disenso no es una variable, es una constante que no ha abandonado en ningún instante de esta centuria a Venezuela; ha sido un espacio donde a menudo se inscriben intencionalidades y voluntades políticas ideológicas que se han recrudecido en la medida en que distintos eventos históricos las sustentan (marchas y protestas del año 2002, paro general petrolero del 2002, golpe de Estado del 2002, lista Tascón¹⁵) y acentúan el marco de relaciones antagónicas derivadas de este contexto coyuntural y convulsivo.

En este sentido, el registro de los eventos distintivos aludidos dentro de la historia inmediata nacional han devenido en el desequilibrio sistémico democrático y han determinado eventos de violencia en espacios públicos (constituyéndose en el epicentro del quehacer político rasante, en especial desde el año 2013 con la elección sobreenvenida¹⁶ donde resulta ganador, en abril, el candidato oficialista Nicolás Maduro (Cazzato, 2015).

Pero estas circunstancias fueron de excesiva particularidad, pues también sobrevinieron en un entramado que devendría en una coyuntura contextual de violencia con mayor empuje a partir de las

15. La primera gran confrontación que marcaría el primer antecedente de la facción opositora al Gobierno nacional fue tres años después del ascenso al poder del entonces presidente de la república Hugo Chávez y la estimularon las previas decisiones vía ley habilitante del ejecutivo nacional en materia económica, agraria y petrolera con la que se excluía la participación y consenso del empresariado venezolano, retomándose las políticas nacionales desde la estatización del poder. Con estos aspectos los representantes de la Federación Venezolana de Trabajadores y principales dirigentes de la industria petrolera (PDV) adoptarían una posición radical a la cual se sumaría posteriores gremios para avalar la paralización económica y educativa del país por alrededor de dos meses. La tensión política no cesó hasta contravenirse, con la participación del alto mando militar y medios de comunicación privados, una situación aún no esclarecida hasta hoy que detentó la salida, para algunos «forzosa» y para otros «voluntaria», del presidente Chávez, quien retornaría al poder horas más tarde. El sector opositor advertía que la mejor solución de la crisis se reflejaría en la salida del presidente Chávez, por lo que diversas organizaciones civiles y partidos políticos promovieron la activación del referendo revocatorio con el llamado al «Firmazo», una acción que traería importantes consecuencias para los adversarios una vez hecha pública dicha voluntad a través de la llamada «lista Tascón» (así denominada por su creador oficialista). Hasta hoy dicha lista ha servido de soporte para excluir, expulsar y despedir de sus puestos de trabajo a todas aquellas personas que se «alinearon» con la facción opositora, lo que contraviene el principio de respeto a la pluralidad política de los ciudadanos venezolanos, así como también de respeto a la imparcialidad en la administración pública venezolana.

16. Recuérdese que el presidente reelecto Hugo Chávez fallece y el tinglado de la norma constitucional, ante una causa sobrevenida como esta, obliga a convocar a elecciones de nuevo en abril de ese año 2013. Días antes de su retorno a Cuba, país donde se hacía el tratamiento para combatir el cáncer, en la cadena nacional anunció un escenario hipotético en el cual planteaba que, de no poder superar la nueva intervención quirúrgica, exhortaba a los electores venezolanos a elegir a Nicolás Maduro como presidente de la República, mandato que fue acogido fielmente, adosándole en la campaña todos los elementos simbólicos conectados con Chávez. Este resultado para muchos analistas se tradujo en la victoria a partir del apalancamiento de una legitimidad conquistada por Chávez y no de cualquier característica profesional o personal de Maduro, lo que hasta la fecha ha desprestigiado, por toldas opositoras, su popularidad como presidente de la República.



elecciones del 14 de abril del 2013, por cuanto la polarización no se hizo esperar. Estas circunstancias perviven hoy día en la nación venezolana y cada día se recrudecen más sin avizorarse un fin próximo a la conflictividad (Pinto, 2011) o al menos generar mecanismos o válvulas reales a fin de menguar este marco peligroso.

El diálogo intercultural como necesidad de país y destino político

En este sentido, el diálogo intercultural debería desempeñar un papel crucial en el quehacer sociopolítico venezolano si se consideran estos planteamientos, porque este es una facultad o un recurso que permite regular las *extremaduras* y los marcos de conflictos basados en interpretaciones intransigentes entre uno o más bandos o facciones. Es decir, dichas interpretaciones de una postura u otra, cuando se desarrollan de más, generan mundos políticos de desencuentro tendientes a radicalizarse.

Este diálogo debería ser sin límites ni fronteras cuando de la coexistencia de los sectores y de quienes cohabitan se trata. Ahora bien, los sectores sociales del venezolano se muestran en la *coetaneidad*¹⁷; sin embargo, desde el punto de vista del consenso, aparentan ser procesos diversos y dispersos ante la mirada del lector.

Vinculado a lo anterior, durante el transcurso de esta *coetaneidad histórica* de dieciséis años, se patentan la diversidad y dispersión en detrimento del diálogo y del consenso concreto, pues eventos y hechos de confrontación irracional dan cuenta de expresiones, como intransigencias, desacuerdos, disonancias, discordancias y pasiones políticas desmedidamente desbordadas. Estos son solo algunos de los actos sustantivos que han definido e identificado las dinámicas sociopolíticas prevalecientes en el contexto actual sugerentes en los eventos clave citados al inicio del artículo.

La interculturalidad como estrategia de lo posible

En Venezuela, la confrontación ideológica constante de culturas políticas opuestas que se originaron en el 2001 (Martínez, 2012; Cazzato, 2013) dificulta el proceso de encontrarse o de converger en

17. Es un término histórico referente a la vertebración de los contextos constitutivos de la realidad con el verbo y el accionar del intelecto humano de quienes interpretan analíticamente los fenómenos sociales, pero desde distintas ópticas disciplinares según Julio Aróstegui (2004).



puntos inclinados a los diálogos coyunturalmente plausibles entre «quienes estaban a favor del extinto Hugo Chávez o en su contra» (Mainwaring & Pérez Liñan, 2006), como se indicó.

En efecto, su abordaje necesita un análisis en su justo peso y genera la suspicacia de ciertos intelectuales que, hasta ahora, solo discurren inmersos en los discursos, ópticas y enfoques manidos correspondientes a un maniqueísmo a favor o en contra de la forma política madurista actual. Es decir, por un lado, demanda sinceros esfuerzos de reflexión para ganar espacios para convivir o sobrevivir como sociedad política y, por otro, exige con urgencia constituir un *diálogo intercultural* (al estilo de Fernet-Betancourt) con el menor sesgo posible.

La complejidad real de un diálogo intercultural demanda la franqueza de sentarse «encauzando las pasiones» que tanto han perjudicado la estabilidad plurívoca del sistema político venezolano, y para culminar este segmento se presenta un caso particular.

Se considera, por lo tanto, conveniente adoptar y adaptar la categoría analítica del diálogo intercultural de Fernet-Betancourt (Gutiérrez & Márquez, 2004) en los términos del discurso aquí desarrollado, puesto que es importante expresar que las diferentes posturas de las culturas políticas supeditadas y adscritas a extremas polaridades permiten inferir que el distanciamiento entre las posturas políticas es *más abismal* y estas han gestado y signado la dinámica como sociedad en los recientes diecisiete años de historia.

Así mismo, la preclara inexistencia de convincentes y reales puentes políticos entre los sectores opuestos en Venezuela patenta cada día la distancia interpuesta a la llegada de un consenso viable, y el camino de la confrontación requiere y demanda la «firme disposición de ceder terreno por parte de ambos» si su propósito real es la «firme intención real de consensuar» para seguir adelante.

Lo anterior se considera pese a la cantidad de eventos y fenómenos que atentan y han atentado contra las posibilidades de acuerdos entre los bandos y que con ello gane terreno la pacificación de las pasiones políticas desbordadas en el espacio-mundo-público local venezolano. Puesto que esa *firme intencionalidad de consensuar* puede partir tanto del sector oficialista como del sector opositor, ya que ambos pueden generar vías de conciliación o tender puentes de comunicación dialógica que conduzcan por los senderos de la pacificación, equilibrio y relativo orden armónico que no degraden más la escasa gobernabilidad sociopolítica, tan endeble en estos momentos (desde el 2013 hasta el presente año).



Lo que supone el diálogo

Resulta esencial la marcada predisposición de ir a un diálogo sin las condiciones de negarse o rehusarse a reconocer al otro como adversario y no como enemigo, o de reconocer los errores cometidos con el propósito de ceder terreno y plantearse el objetivo de convenir consensos o acordar vías de diálogo plausibles que conduzcan a ambas partes polarizadas a obtener «verdaderos mecanismos de resolución de conflictos», citando a Gamus (2003). Es decir, esta autora sugiere el uso permanente de mecanismos de resolución de conflictos con tal de disminuir los problemas de la gobernabilidad democrática intrínseca de los sistemas políticos de esta naturaleza.

Es preciso referir que las vías para establecer un verdadero consenso deben transcurrir por la necesaria construcción de una cultura dialógica intercultural basada en factibles mecanismos de resolución de conflictos que restablezcan el orden necesario intrasocietal, tales como los reseñados: el reconocimiento de sus errores, la existencia del otro como adversario político, la firme convicción de controlar las pasiones políticas y otras más.

Esto se resume, por una parte, en la manifiesta disposición de ceder terreno a quienes se oponen a las formas o modelos de gobierno asumidos durante una coyuntura determinada, o por otra, bien sea en las críticas y actitudes políticas lícitas llevadas a cabo o no por quienes no detentan el poder político, sobre todo por los opositores venezolanos.

El papel de los actores políticos en funciones de gobierno y sus formas de hacer política tendientes a los desencuentros y disonancias políticas han caracterizado con frecuencia el panorama político venezolano, de ahí que lo planteado no deba tomarse a la ligera porque las fuerzas de coerción pública en manos de dichos actores han sido, sin lugar a dudas, uno de los protagonistas o detonantes de la violencia política de reciente data coyuntural.

De modo que frente a ellos la oposición carece de un interlocutor que esté realmente a favor del diálogo, ya que utiliza la violencia para abogarse en el poder, y se considera, además, que ambos sectores temen perder sus posiciones políticas, lo que dificulta un diálogo sincero entre las partes en pro de una estabilidad política democratizadora (Linz, 1996).

Es de vital importancia que las partes o bandos en pugna asuman un revisionismo desde lo interno capaz de potenciar la intención real de consensuar, para dar paso a una disposición clara de ceder terreno,



es decir, obtener las formas de reivindicar el pacto social difundido por Rousseau (1762). De no revisarse con una conciencia sincera la intención real de cada uno de arribar a diálogos, continuará obstaculizada como lo ha estado hasta entonces.

Discusión

La llegada del proceso político «revolucionario» encabezado por el presidente Chávez en 1999 y la administración identificada totalmente con su legado al frente por el presidente Nicolás Maduro se distinguen de anteriores períodos de gobierno por el impacto en la consolidación de un fenómeno sociopolítico como lo es la polarización política, un fenómeno que trae consigo la identificación de sectores con determinadas tendencias en detrimento de cualquier equilibrio positivo o favorable a las opuestas.

Año tras año, a los analistas de las ciencias sociales les ha preocupado la forma en que se ha acentuado esta dinámica de confrontación, superando versiones de desencuentro en gestiones políticas anteriores en el marco de la historia política democrática venezolana. Dicho fenómeno se ha visibilizado en acciones de extrema intolerancia por parte de los líderes políticos en los distintos poderes públicos, lo que ha trastocado el tejido social con el fin de conformar, con todo lo anterior, rasgos de conflicto social y político de modo permanente.

Aunque han sido planteados escenarios de diálogo para llamar al encuentro y pacificación de sectores ideológicamente contrapuestos, los resultados, por el contrario, han mostrado una intención deliberada por parte de los dirigentes en el poder político de asumir posturas inflexibles de negociación contra los que consideran sus enemigos, acentuando inclusive procesos de retaliación política a los adversos, dejando entrever que las intenciones para limar las asperezas solo han posado como un escenario propicio para identificar a los «enemigos objetivos» del proceso revolucionario, con el fin de sacarlo del juego político y, así mismo, conformar un máquetin político frente a la comunidad de medios y aquella llamada comunidad internacional sin que en realidad surjan los mínimos resultados positivos.

Este artículo no solo se ha propuesto dibujar el panorama de conflictividad política de Venezuela, sino que ha señalado los riesgos que traen consigo dichas prácticas, hoy recurrentes en la creación de fortalezas institucionales para la democracia venezolana, reconocida históricamente como una de las más antiguas de América Latina hasta hace



poco, puesto que en el presente se encuentra bajo el ojo cuestionador de gran parte de la comunidad internacional como la OEA.

Lo dispuesto anteriormente ha emitido señales de profundos quiebres que vuelven cada vez más irrestituible el tejido democrático para reestablecer la paz y convivencia entre sectores involucrados mediante sus pasiones, por lo que es una olla de presión incierta que emite sonidos de alerta segundo a segundo.

En el génesis del país reposa un código de interacción, tolerancia y convivencia que lo distinguía como una identidad con un perfil histórico particular y lo sella con la huella de la apertura cultural-política caracterizada por la convivencia y la aceptación de lo diverso, panorama que está cada vez más desdibujado por la realidad política que permea las reacciones sociales ideológicas.

Bajo este recuerdo histórico, está la necesidad axiológica de recuperar el tejido de la convivencia más allá de la simple coexistencia, aquello que se ha explicado con el concepto de interculturalidad, proceso interdiológico en el que sus interlocutores promueven juicios de aceptación de lo diverso, partiendo de la búsqueda de un objetivo común: el beneficio para todo el colectivo social.

En este momento, es una autoexigencia que el país se hace para no desaparecer en la puja por protagonizar parcelas que pueden promoverse o sencillamente dejar que la implosión por la presión de dichas fuerzas se imponga. Se espera que emerja el momento adecuado para que la promoción del respeto a lo diverso logre recuperar la fortaleza de lo que se considera es el momento menos dañino para la convivencia con equidad de las distintas demandas en la sociedad venezolana.

Referencias

- Almond, G. & Powell, B. (1978). *Política Comparada. Una concepción evolutiva*. Buenos Aires: Paidós.
- Almond, G. & Verba, S. (1992). La Cultura Política. En A. Battle (Ed.), *Diez Textos Básicos de Ciencia Política* (pp. 171-201). Barcelona: Ariel.
- Aróstegui, J. (2004). *La historia vivida: sobre la historia del presente*. Madrid: Alianza Editorial.
- Asamblea Nacional Constituyente (30 de diciembre de 1999). Constitución de la República Bolivariana de Venezuela. Gaceta extraordinaria: 36.860.



- Asamblea Nacional de Venezuela (11 de abril de 2016). Ley de Amnistía y Reconciliación Nacional. [Ley 26 4/2016 del 11-4-2016].
- Asamblea Nacional de Venezuela (25 de septiembre de 2016). Ley del Banco Central de Venezuela. [25 9/2016 del 31-3-2016].
- Bello, I. & Maier, A. (16 de marzo de 2014). Venezuela puede ir hacia un conflicto armado. *El Nacional*. Recuperado de http://www.el-nacional.com/mundo/Venezuela-puede-ir-conflicto-armado_0_373162763.html.
- Cansino, C. (2008). *La muerte de la Ciencia Política*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Cazzato, S. (2013). *Factores de estabilidad e inestabilidad en Venezuela durante el periodo de Hugo Chávez 2001-2006*. (Tesis doctoral). Universidad del Zulia, Venezuela.
- Cazzato, S. (2015). Reflexiones acerca de la globalización, antagonismo, identidades políticas y polarización ideológica (en el caso de Venezuela). *Revista Politeia*, 38(55).
- Consejo Nacional Electoral - CNE (2012). *Divulgación Regionales 2012*. Recuperado de http://www.cne.gob.ve/resultado_regional_2012/r/1/reg_000000.html.
- Consejo Nacional Electoral - CNE (2013). *Divulgación Presidencial 2013*. Recuperado de http://www.cne.gob.ve/resultado_presidencial_2013/r/1/reg_000000.html.
- Consejo Superior Extraordinario de la Federación de Colegios de Abogados de Venezuela (2016a). *Acuerdo de Voto Censura a los magistrados de la Sala Electoral del Tribunal Supremo de Justicia. Ilustre Colegio de Abogados de Caracas*. Recuperado de <http://www.ilustrecolegiodeabogadosdecaracas.com/descargas/Voto%20de%20Censura%20a%20Magistrado%20de%20la%20Sala%20Electoral%20TSJ%2002-02-16.pdf>.
- Consejo Superior Extraordinario de la Federación de Colegios de Abogados de Venezuela (2016b). *Voto de censura a la sala constitucional del Tribunal Supremo de Justicia por atentar contra la independencia y la autonomía de la Asamblea Nacional*. Recuperado de <http://www.ilustrecolegiodeabogadosdecaracas.com/descargas/Documento%20final%20voto%20censura%20Sala%20constitucional%2005-03-2016%20versi%C3%B3n%201.pdf>.
- Datanálisis (2016). *Encuesta Nacional Ómnibus*. Recuperado de <http://www.innovaven.org/quepasa/eleenc101.pdf>.
- Flemate, S. (2 de mayo de 2014). *Giovanni Sartori Homo Videns 1/2 UNAM*. [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=y3HkgK7Jdr0>.



- Gamus Gallego, R. (2003, septiembre). Los problemas de la gobernabilidad democrática del gobierno de Hugo Chávez en el marco de sus relaciones con Estados Unidos. *Cuadernos del Cendes*, 54(54), pp. 149-166.
- Gutiérrez, D. & Márquez, Á. (2004, diciembre). Raúl Fornet-Betancourt: Diálogo y filosofía intercultural. *Frónesis*, 11(3), pp. 9-39.
- Lanz, R. (1998). Esa incómoda modernidad. En R. Follari (comp.), *Enfoques sobre la posmodernidad en América latina* (pp. 75-118). Caracas: Editorial Sentido.
- Linz, J. (1996). *El quiebre de las democracias*. Madrid: Editorial Alianza Universidad.
- Mainwaring, S. & Pérez Liñán, A. (2006). *La democratización latinoamericana desde 1978: transiciones, rupturas y erosiones*. Trabajo inédito mimeografiado.
- Martínez Meucci, M. (2012). *Apaciguamiento, el referéndum revocatorio y la consolidación de la revolución bolivariana*. Caracas: Editorial Alfa.
- Mato, D. (1994). Proceso de construcción de identidades transnacionales en América Latina en tiempos de globalización. En D. Mato (Ed.), *Teoría y política de construcción de identidades y diferencias en América Latina y el Caribe* (pp. 251-261). Caracas: Unesco - Nueva Sociedad.
- Montero, M. (1994). Altelcentrismo y construcción de identidades negativas. En D. Mato (Ed.), *Teoría y política de construcción de identidades y Diferencias en América Latina y el Caribe* (pp. 41-51). Caracas: Unesco - Nueva Sociedad.
- O'Donnell, G. (2007). *Disonancias. Críticas democráticas a la democracia*. Buenos Aires: Prometeo libros.
- Ocampo, L. (2007). Conflictividad y sociedad civil en la democracia representativa. En A. Chávez & L. E. Ocampo (Coord.), *Voces y Letras en insumisión, movimientos sociales en América latina* (pp. 111-129). Buenos Aires: Bibliográfka, Elcano.
- Pinto, C. (2011). *Los marcos interpretativos del Conflicto venezolano 1999-2008*. (Tesis de maestría). Universidad del Zulia, Venezuela.
- Ramos Jiménez, A. (2009). *El experimento bolivariano, liderazgo, partido y elecciones*. Mérida: Centro de Investigaciones de Política Comparada de la Universidad de los Andes.
- Ramos Jiménez, A. (2011, enero-junio). La «revolución» que no fue. Desgobierno y autoritarismo en la Venezuela de Chávez. *Estudios Políticos*, (38), pp. 69-91.



- Rivas Leone, J. A. (2003). *El desencanto de la política. Los desafíos de la política democrática*. Mérida: ULA, Ediciones del Vicerrectorado Académico.
- Rousseau, J. (1972). *El Contrato Social*. México: Grijalbo.
- Touraine, A. (1994). *Crítica de la modernidad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Tribunal Supremo de Justicia, Sala Electoral (30 de diciembre de 2015). Sentencia 260/30-12-15.
- Tribunal Supremo de Justicia, Sala Constitucional (20 de enero de 2016). Sentencia 4/2016 de 20-1-169.
- Tribunal Supremo de Justicia, Sala Constitucional (1 de marzo de 2016). Sentencia 9/2016 del 1-3-2016.